



Bauman:

sobre la fragilidad
de los vínculos
humanos

Por Germán Iván Martínez Gómez



Zygmunt Bauman será recordado como uno de los sociólogos más influyentes del presente siglo. Sus cavilaciones sobre la posmodernidad (a la que denominó modernidad líquida), sobre la vida que de ella se desprende (incapaz de mantener los mismos principios, valores, creencias, hábitos y convicciones) y sobre la imposibilidad de solidificar certidumbres, capacidades y relaciones (que caracteriza a la vida moderna líquida cambiante, vertiginosa, incierta y precaria), lo convierten en un autor imprescindible para abordar la problemática social contemporánea. Ideas acerca de tópicos diversos: Estado, civilización, sociedad, trabajo, producción, consumo, desigualdad, exclusión, pobreza, mercado, moral, progreso, globalización, cultura, política, educación, vecindad, cohabitación, ética, socialidad, entre otras, tienen un sentido antes y después de los planteamientos de este pensador polaco. Más allá de la simpatía o irritación que provoca en sus lectores, es imposible estar *sin él*.

Como ha señalado este intelectual: “la modernidad líquida es una civilización de excesos, redundancia, desperdicio y eliminación de desechos” (2017: 28). Civilización enmarcada en un escenario: la *globalización*, que constituye un fenómeno profundo y complejo, el cual exige mayor cuestionamiento, en virtud de la segregación y marginación social que produce (Bauman, 2015a).

El tránsito de una sociedad de productores a otra de consumidores ha traído, entre sus múltiples consecuencias, la conversión del sujeto en objeto, producto, mercancía, artículo vendible (Bauman, 2013c). De esta manera, en la sociedad de consumidores, mediatizada y guiada por la ética del mercado, las relaciones humanas sólo parecen cobrar sentido en la medida en que le permi-



Ilustración digital: Gerardo Mercado

ten a un individuo sacar provecho de otros. Así, obtener ventaja de sus conocimientos, habilidades (intelectuales y motoras) y actitudes, pero también de sus anhelos y esperanzas, incluso de sus miedos –a los que Bauman llama “compañeros permanentes e inseparables de la vida humana”– (2013b: 17), es una secuela del *juego del consumismo*.

El apetito por la novedad y el culto que este entraña han propiciado una cultura del desapego, la discontinuidad y el olvido. La vida moderna líquida es una “historia de fines sucesivos” (Bauman, 2015b: 11), en la que la perdurabilidad, el cuidado y la preservación son cosas del pasado. Prevalece la capacidad de desechar; el exceso y el despilfarro son flagelos de un mundo cada vez más inhóspito.

Mediante la compra y el consumo, el individuo se aleja de sus problemas, busca satisfacciones, evade sus incapacidades y se inserta en un mundo que funciona descontroladamente. El fin último: *alcanzar la felicidad*, aunque esta aspiración poco tenga que ver con el placer, la competición y la riqueza que tanto se pregonan.

En este contexto, el ser humano concibe el amor como *mero intercambio* de inquietudes, gustos, intereses, anhelos, sensaciones, placeres... En dicha permuta lo importante parece ser la obtención de *ganancias* a expensas del otro. Esta idea ha llevado al hombre y la mujer contemporáneos a estrechar los lazos que los unen manteniéndolos flojos, porque nada asusta más que relacionarse *verdaderamente*. Ahora son preferibles las “relaciones virtuales”, las que eluden el compromiso

mutuo a largo plazo y apuestan por los vínculos de fácil acceso y salida.

La propensión a fincar relaciones espontáneas y efímeras echa mano de la *ruptura a voluntad* como antídoto para cualquier desencuentro. Paradójicamente, si bien es cierto que el individuo aspira a enamorarse y ser amado, en esta época no parece angustiarle tanto la otrora inaceptable soledad como los vínculos humanos perdurables. Así, “la definición romántica del amor –‘hasta que la muerte nos separe’– está decididamente pasada de moda” (Bauman, 2013a: 19). Hoy, “el amor es un préstamo hipotecario a cuenta de un futuro incierto e inescrutable” (Bauman, 2013a: 23); ya no supone espera, sacrificio y resultados, al contrario, es una inversión de tiempo, dinero y esfuerzo que sólo durará mientras persista la satisfacción que proporciona. El mundo, entregado a la velocidad y al cambio, sugiere una rendición ante las propias ganas y sucumbe al deseo que devora y aniquila, el cual es, en esencia, autocomplaciente y trágicamente autodestructivo.

Entendido como *transacción comercial*, el amor se ha dismuido a una compra-venta de servicios (afectivos, sexuales...), que sólo buscan la complacencia de los clientes. De ahí que aquella inversión (en tiempo, dinero y recursos) vaya siempre en aras de determinados beneficios. En esa *transactionis*, el acuerdo e intercambio convenido es siempre inseguro, y la rentabilidad, persistentemente incierta. Las constantes fluctuaciones, emocionales y sentimentales explican, por una parte, el aumento



en el número de separaciones y divorcios; por otra, la preferencia de las “parejas” por vivir en unión libre. Esto patentiza el impulso por tener “relaciones de bolsillo”: sujeciones fáciles de portar (y soportar), vínculos con formato manejable, asequibles porque no representan mayor costo y porque encarnan, al unísono, lo instantáneo y lo descartable, propios de una existencia a la carta.

El predominio de relaciones fene- cidas en el mundo llevó a Bauman a reconocer un cementerio de relacio- nes humanas. Gracias a este filósofo y sociólogo entendemos que lo que en otro tiempo fue sólido, resiten- te, duradero e indisoluble, ahora es frágil, efímero, débil y temporal. Iró- nicamente, al pretender la unidad me- diante el amor, al ser humano ya no parece interesarle tanto la semejanza como la ocasión. Anhelamos unirnos a alguien dejando siempre abierta la posibilidad de escapar.

Las relaciones humanas de anta- ño hoy son meras “conexiones”, por lo que, obviamente, tienen una vida más corta; son fugaces, pasajeras, perece- deras. La ligadura de otro tiempo, fin- cada en la afinidad, la comunicación, el respeto, la compaginación, la adheren- cia y la fusión genuina, se ha reducido al sexo. “Actualmente se espera que el sexo sea autosuficiente y autónomo, que se sostenga ‘sobre sus propios pies’, y es sólo valuable en razón de la gratificación que aporta por sí mismo” (Bauman, 2013a: 68).

Sin embargo, la fragilidad de las estructuras familiares, la decisión de tener pocos hijos o no tenerlos

(porque ello va en contra del propio confort), la depresión posnatal y las crisis de pareja son la punta del ice- berg; en el fondo de nuestra condi- ción subyace un cúmulo de elementos que nos llevan a desconfiar de los compromisos duraderos: miedo, so- ledad, insatisfacción, egoísmo, hipo- cresía, desengaño... Lo que nos ata es la ausencia de ataduras. “Vivimos en una era de fragmentos de sonido, no de pensamientos, de cosas efímeras calculadas –como observó George Steiner–, pensadas para conseguir un máximo impacto y una obsoles- cencia inmediata” (Bauman y Dons- kis, 2015: 64). Un ejemplo cercano a nosotros son los teléfonos celula- res. Estos artefactos permiten con- nectarnos manteniéndonos siempre a distancia, liquidan la comunicación y nos impiden mirarnos a los ojos, inclinando la balanza a favor de la conectividad, la proximidad virtual y la lejana-cercanía. Estos objetos, que se adquieren por sus funciones bási- cas, que están destinados a clientes ocasionales y que generalmente no comprometen a un contrato a largo plazo, se adquieren porque resultan cómodamente desechables. Algo parecido acontece con los vínculos humanos. La cercanía presencial ge- nera una presión impresionante e in-

soportable. Las parejas enmudecen ante sus móviles. La desatención (a la pareja, los hijos, el trabajo...) y el qui- mérico distanciamiento de problemas y preocupaciones llevan a los usuarios a perseguir, ciegamente, banales in- tereses y a sucumbir ante sus propias búsquedas. Navegan en una red que se convierte cada vez más en telara- ña, porque atrapa sus habilidades de socialidad y apego.

Sólo cuando advirtamos que aca- riciamos más al celular que a la pare- ja y que amar al otro es difícil, pero posible, reconoceremos la necesidad de retornar a la esencia del amor que, como también apunta Bauman, es el acta de nacimiento de la humanidad, constituye el paso del instinto de super- vivencia hacia la moralidad y garantiza la unidad de la especie humana. ❶

Referencias

- Bauman, Z. (2013a). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México: Paidós.
- (2013b). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. México: Paidós.
- (2013c). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2015a). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2015b). *Vida líquida*. México: Paidós.
- (2017). *Sobre la educación en un mundo líquido. Conversaciones con Ricardo Mazzeo*. México: Paidós.
- Bauman, Z. y L. Donskis (2015). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. México: Paidós.



Germán Iván Martínez Gómez es doctor en Enseñanza Superior, miembro del SNI y del Consejo Mexicano de Investigación Educativa. Actualmente es subdirector académico de la Escuela Normal de Tenancingo y profesor del Posgrado en Enseñanza Superior en El Colegio de Morelos.

